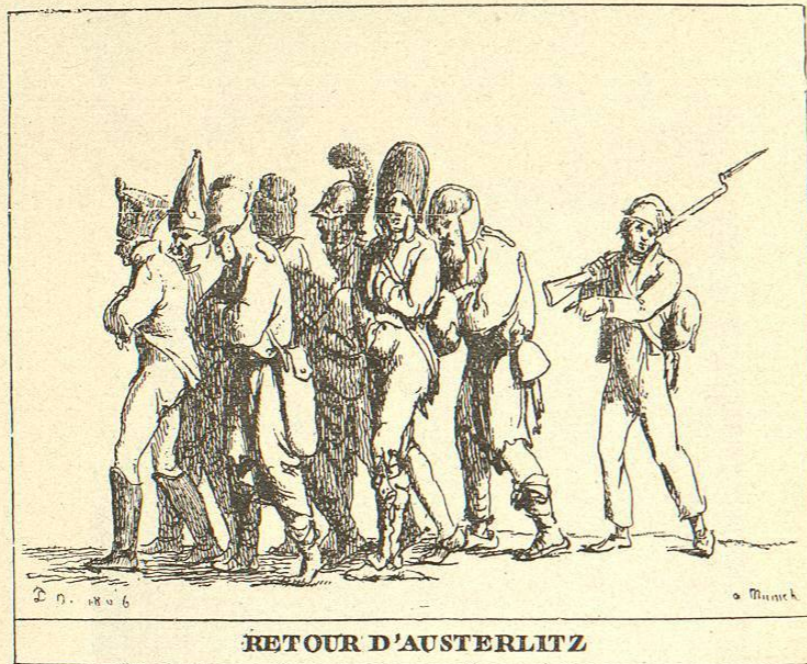


término á las hostilidades. Verificóse ésta en un punto situado entre Urschitz y Nosildovitz, á mitad de camino próximamente de Austerlitz á Goeding, entre los puestos avanzados de ambos ejércitos.

Napoleón tuvo la galantería de ser el primero en llegar, y saliendo al encuentro del emperador Francisco, le abrazó al bajar de su carruaje. Sumamente complacido quedó el emperador de Austria por esta cordial acogida, y al excusarse Napoleón por tenerle que



Facsimile de un grabado bávaro de 1806

recibir en semejante lugar, diciéndole: «Este es el palacio que V. M. me obliga á habitar hace tres meses,» le respondió aquél: «Sabéis aprovecharlo de tal manera que tenéis derecho para no admitirme en él.» Largo tiempo duró la conferencia entre ambos soberanos; en ella Napoleón prometió conceder un armisticio á Rusia, pero respecto á pactar con esta potencia la paz definitiva, se lo reservaba como asunto propio, y agregó: «Creedme, no confundáis vuestra causa con la del emperador Alejandro; Rusia es la única nación europea que puede actualmente hacer la guerra por capricho, pues en caso de ser derrotada se encerrará en sus desiertos; pero vos, si la hacéis, ha de ser á costa de vuestro territorio.» Prudente consejo, que el mismo que lo

daba debía olvidar tan completamente, por lo que á sí propio se refería, en 1812. De todos modos, Austria iba á sufrir entonces sus inmediatos efectos, y por lo que respecta á Rusia, debía retirar sus fuerzas á cortas jornadas hacia Polonia, vigiladas por el ejército francés. Según las narraciones de campamento, la conferencia entre ambos so-



*El 6 de Nivoso del año XIV, á las cuatro de la mañana, se ha firmado la paz en Presburgo, entre M. de Talleyrand, el príncipe de Lichtenstein y M. de Ginlay... (Grabado de la colección Hennin)

beranos fué más breve y más sencilla. «¿Sois el emperador de Austria?—Tal vez... Señor... y... ¿sin duda es con el emperador Napoleón con quien tengo el honor de hablar?—No lo sé, vos lo diréis.»

Alejandro no esperó á que se firmase el armisticio para aprovecharse de él, pues habiendo Davout alcanzado en Goeding al ejército ruso y disponiéndose á impedirle el paso á Polonia, Alejandro mandó á decir que debía suspender su persecución, por cuanto se había ajustado un armisticio. «Lo ignoro, — respondió el mariscal, — y

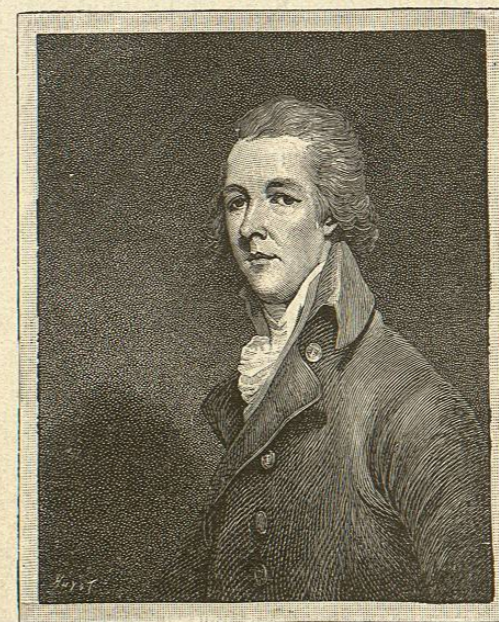
únicamente lo creeré si me lo asegura *por escrito* S. M. el emperador de Rusia.» Alejandro lo hizo así en un pedazo de papel, escrito apresuradamente con lápiz. Sin embargo, esto no era cierto todavía, pero de todos modos la afirmación del Czar, bien que prematura, salvó al ejército ruso.

Muy poco después el armisticio fué un hecho, y apenas Napoleón lo había firmado cuando ya tuvo motivos para creer que pronto habría de arrepentirse de ello. «Se asegura, — dice el *Boletín* 31.º del Grande-Ejército (4 de Diciembre de 1805), — que el Emperador, después de su conferencia con el de Austria, ha dicho lo siguiente: — Este hombre me ha hecho cometer una falta, pues yo debía haber seguido mi marcha victoriosa y hacer prisionero todo el ejército ruso y austriaco.» De seguro que no habría vacilado en llevar adelante esta idea desde luego, si hubiese sabido que aquel mismo día el Czar había escrito al rey de Prusia para que se apresurase á reunirsele, «pues los Rusos no estaban comprendidos en el tratado que se negociaba.»

El rey de Prusia, en vez de atender las indicaciones del Czar, ordenó hacer alto á sus tropas, que precisamente entonces marchaban hacia Moravia, esperando el resultado de la negociación de Haugwitz. Al llegar éste al campamento de Napoleón, al día siguiente de la batalla, le felicitó. «He aquí una enhorabuena, — dijole el Emperador, — cuyo sobrescrito ha cambiado la suerte.» Reprendió en seguida violentamente al embajador prusiano por la conducta de su gobierno al emprender contra Francia una guerra absurda é inmotivada. «Sin embargo, — agregó, — seré indulgente con esta locura si vuestro soberano me da sólidas garantías de su amistad y acepta el Hanover á cambio del territorio de Anspach, del ducado de Berg, de Wesel, del ducado de Cléveris y del principado de Neufchatel.»

Nada perdía Rusia, en verdad, con el cambio de los pequeños principados del Rin por las provincias del Ems y del Weser contiguas á su territorio; pero, por otra parte, la aceptación del Hanover equivalía á una declaración de guerra contra Inglaterra, tanto más sensible cuanto que Jorge III, desde el fondo de su corazón, profesaba más cariño á sus estados patrimoniales que al Reino-Unido, pues su débil espíritu, vivamente inquieto con las pasajeras alteraciones que

Inglaterra había experimentado durante su reinado, veía en aquellas fieles tierras alemanas un refugio seguro en caso de revolución. El problema era, pues, muy grave, y M. de Haugwitz no estaba investido de poderes bastantes para tratar de él; pero el peligro que corría Prusia era tan grande, y tan falsa su situación, que asumió la responsabilidad de firmar este tratado de alianza ofensiva y defensiva, á pesar de lo humillante y hasta vergonzoso que era para Prusia abandonar tan de repente á sus aliados de la víspera. Verdad es que se le



Guillermo Pitt. (Según un retrato al óleo de G. Oven y el grabado de C. Brome)

pagaba bien esta humillación, y así el tratado fué ratificado, con algunas ligeras modificaciones, en 15 de Febrero siguiente. La noticia del tratado de Schönbrunn concluyó de amilanar á los Austriacos y apresuró el término de las negociaciones que llevaba Talleyrand con el príncipe de Lichtenstein y con Giulay.

A raíz de la capitulación de Ulm, Talleyrand dedicó á Napoleón una Memoria que demostraba sus profundos conocimientos en la política europea.

La importancia que las cuestiones que en ella trataba han adquirido en la política actual, hacen verdaderamente interesante el